



C. S. Lewis.

El Gran Divorcio

Un Sueño

En *El gran divorcio*, C. S. Lewis de nuevo utiliza su formidable talento para contar fábulas y alegorías. En un sueño, el escritor se sube a un autobús una tarde lloviznosa y se embarca en un increíble viaje por el Cielo y el Infierno. Éste es el punto de partida para la profunda meditación sobre el bien y el mal.

«Si insistimos en quedarnos con el infierno (o, incluso, con la tierra), no veremos el cielo; si aceptamos el cielo, no podremos guardar ni un solo recuerdo, ni el más pequeño y entrañable, del infierno».

A Barbara Wall, la mejor y más resignada amanuense.

Prefacio

Blake escribió *El matrimonio del cielo y el infierno*. Si yo escribo sobre su divorcio, no es porque me considere un adversario a la altura de un genio tan grande, ni siquiera porque esté del todo seguro de saber lo que Blake quería decir. En un sentido u otro, el intento de celebrar ese matrimonio es permanente. La tentativa está basada en la creencia de que la realidad no nos depara nunca una alternativa totalmente inevitable; de que, con habilidad, paciencia y tiempo suficientes (sobre todo con tiempo), encontraremos la forma de abrazar los dos extremos de la alternativa; de que el simple progreso, o el arreglo, o la ingeniosidad convertirán de algún modo el mal en bien sin necesidad de consultarnos para rechazar definitiva y totalmente algo que nos gustaría conservar.

Considero que esta creencia es un error catastrófico. No podemos llevar con nosotros todo el equipaje a todos los viajes. En algunos quizá haya que incluir entre las cosas que debemos dejar atrás nuestra mano derecha o nuestro ojo derecho. No vivimos en un mundo en el que las carreteras sean radios de un círculo, o en el que los caminos, si continúan lo suficiente, se acerquen hasta encontrarse en el centro. Nuestra vida transcurre, más bien, en un mundo en el que los caminos se bifurcan en dos tras unos kilómetros, y esos dos, de nuevo, en otros dos. Y en cada una de las bifurcaciones hemos de tomar una decisión. La vida no es, ni siquiera en el nivel biológico, como un río, sino como un árbol. No marcha hacia la unidad, sino que se aleja de ella, y las criaturas se separan tanto más cuanto más crecen en

perfección. El bien, al perfeccionarse, se diferencia cada vez más no sólo del mal, sino también de otros bienes.

Yo no creo que todo el que elija caminos erróneos perezca. Pero su salvación consiste en volver al camino recto. Una suma equivocada se puede corregir; pero sólo es posible hacerlo volviendo atrás hasta encontrar el error y calculando de nuevo a partir de ese punto. No basta, sencillamente, con *seguir*. El mal puede ser anulado, pero no puede «evolucionar» hasta convertirse en bien. El tiempo no lo enmienda. El hechizo se puede deshacer, poco a poco, «con murmullos retraídos de poder separador. De otro modo no es posible». Es una alternativa insuperable. Si insistimos en quedarnos con el infierno (o, incluso, con la tierra), no veremos el cielo; si aceptamos el cielo, no podremos guardar ni un solo recuerdo, ni el más pequeño y entrañable, del infierno.

Y yo creo, sin duda, que el hombre que alcance el cielo descubrirá que no ha perdido lo que ha dejado (ni siquiera si se arrancó el ojo derecho), que en el cielo encontrará —mejor de lo que podría esperar—, aguardándole en las «Tierras Altas», el núcleo de lo que realmente buscaba hasta en sus deseos más depravados. En este sentido es verdad que los que hayan completado el viaje, sólo ellos, dirán que el bien es todo y que el cielo está en todas partes. Pero nosotros, en este extremo del camino, no debemos intentar anticipar esa visión retrospectiva. Si lo hacemos, nos exponemos a aceptar la proposición contraria —equivocada y desastrosa— y a suponer que todo es bueno y que en todas partes está el cielo.

¿Y qué hay de la tierra?, se preguntará alguien. Yo creo que cualquiera descubrirá que la tierra no se encuentra, al fin y al cabo, en una situación muy distinta. Considero que, si se elige la tierra en lugar del cielo, resultará que fue, desde el principio, una región del infierno. Pero si se pone en segundo lugar, tras el cielo, resultará que desde el principio fue una parte de éste.

Sólo quedan por decir dos cosas más sobre este libro. En primer lugar, debo expresar mi deuda con un escritor cuyo nombre he olvidado y al que leí hace algunos años en una revista americana muy coloreada que trataba de lo que los americanos llaman «ciencia ficción». El desconocido escritor me sugirió la inquebrantable e irrompible cualidad de mi celestial tema, aunque él utilizaba la imaginación para un propósito diferente y más ingenioso. Su héroe viajaba al *pasado*, y en el pasado descubrió, muy adecuadamente, gotas de agua que podían atravesarlo como balas y sandwiches que ninguna fuerza podía morder, porque, como es lógico, las cosas pasadas no se pueden cambiar. Yo, con menos originalidad pero igual corrección (eso espero), he trasladado la situación a lo eterno. Pido al escritor de aquella historia, si alguna vez lee estas líneas, que acepte mi reconocimiento agradecido.

En segundo lugar, debo decir lo siguiente. Ruego al lector que no olvide que el libro es una fantasía. Tiene, por supuesto —o yo tengo el propósito de que la tenga—, una enseñanza. Pero las circunstancias transmortales son tan sólo una hipótesis imaginativa. No son ni siquiera una conjetura o una especulación de lo que en realidad puede aguardarnos. Lo último que deseo es despertar verdadera curiosidad por los detalles del más allá.

C. S. LEWIS
abril, 1945.

Me encontraba en la cola del autobús, situada en la acera de una larga y sórdida calle. Comenzaba a caer la tarde y llovía. Yo había estado deambulando durante horas por calles lúgubres, bajo una lluvia incesante y la penumbra del crepúsculo. El tiempo parecía haberse detenido en ese instante melancólico en que unas pocas tiendas se hallan iluminadas y no ha oscurecido aún lo suficiente para que los escaparates parezcan animados. Así como la tarde parecía resistirse a dar paso a la noche, mi deambular se había negado siempre a llevarme a los mejores barrios de la ciudad. Por mucho que me alejara, encontraba invariablemente sucias casas de huéspedes, estancos estrechos, carteleras con anuncios colgados en las paredes andrajosas de almacenes sin ventanas, estaciones de mercancías sin trenes y librerías de esas en las que se venden *Las obras completas de Aristóteles*. Nunca me encontré con nadie. El pequeño gentío de la parada del autobús parecía haber dejado vacía la ciudad. Creo que esa fue la razón por la que me agregué a la cola.

Tuve un golpe de suerte en seguida. Nada más llegar a la parada, una mujer pequeña e irascible que estaba delante de mí, se dirigía a un hombre que parecía estar con ella, y le decía con brusquedad:

—Muy bien. No estoy dispuesta a ir de ninguna manera. Como lo oyes.

Después abandonó la cola.

—Por favor —le decía el hombre con tono grave—, no creas que tengo el más mínimo interés en ir. Sólo he inten-

tado *agradarte* para restablecer la paz entre nosotros. Pero claro, mis sentimientos no importan. Lo entiendo perfectamente.

Luego, haciendo coincidir las palabras y los hechos, se alejó.

«Vaya, pensé, acabo de adelantar dos puestos».

Ahora estaba junto a un hombre muy bajo y con aspecto ceñudo, que me miraba con expresión de honda desaprobación mientras le decía a gritos —levantando innecesariamente la voz— al hombre situado delante de él:

—Éstas son las cosas que le hacen a uno pensarse dos veces si ir o no.

—¿Qué cosas? —gruñó el otro, un tipo grande y fornido.

—Mire —dijo el Hombre Bajo—, ésta no es, ni con mucho, la clase de sociedad a la que, de hecho, yo estoy acostumbrado.

—¡Ah ya! —dijo el Hombre Grande. Después, lanzándome una mirada, añadió—: No aguante impertinencias suyas, señor. ¿No tendrá miedo de él?, ¿verdad?

A continuación, al ver que yo no reaccionaba, se volvió de pronto hacia el Hombre Bajo y dijo:

—No somos bastante buenos para usted, ¿no es cierto? No me gusta su descaro.

Y sin pensárselo dos veces, le asestó un golpe en la cara que lo dejó tendido en la cuneta.

—Dejadlo tumbado, dejadlo tumbado —decía el Hombre Grande a nadie en particular—. Yo soy un hombre llano, eso soy, y tengo mis derechos como los demás, ¿entendido?

Como el Hombre Bajo no mostraba intención de reincorporarse a la cola, sino que comenzó a alejarse cojeando, me acerqué un poco más, con mucha cautela, al Hombre Grande y me felicité por haber avanzado un nuevo puesto.

Un momento después, dos jóvenes situados delante de él nos dejaron y se alejaron cogidos del brazo. Los dos usa-

ban pantalones, y eran tan delgados, reían tan fácilmente y en falsete que no podría asegurar el sexo de ninguno de ellos. Pero quedaba claro que los dos preferían de momento la compañía del otro a la posibilidad de un asiento en el autobús.

—No conseguiremos entrar nunca —dijo una voz femenina envuelta en gimoteos, que salía de alguien situado unos cuatro puestos delante de mí.

—Le cambio el puesto por cinco chelines, señora —le dijo alguien.

Yo oí el tintineo del dinero y, a continuación, un chillido de la voz femenina mezclado con un rugido de carcajadas del resto del grupo. La mujer estafada saltó del lugar donde estaba y se lanzó sobre el hombre que la había engañado, pero los demás se cerraron y la echaron fuera. Entre unas cosas y otras, la cola se había reducido a unas proporciones manejables mucho antes de que llegara el autobús.

Era un vehículo prodigioso, resplandeciente de luz dorada, heráldicamente coloreado. El conductor parecía también bañado de luz. Sólo utilizaba una mano para conducir, mientras agitaba la otra delante del rostro como para aventar el vaho untuoso de la lluvia. Un rugido estalló en la cola cuando apareció.

«Parece que le divierte todo esto, ¿no? ¡Demonios!, está satisfecho de sí mismo, apuesto... ¡Hombre!, ¿por qué no puede comportarse *naturalmente*? Cree que es demasiado bueno para mirarnos. ¿Quién se cree que es?... Todo ese oropel y esa púrpura, yo lo llamo basura horrorosa. ¿Por qué no gastan algún dinero en sus casas y propiedades de aquí abajo? ¡Dios! ¡Cuánto me gustaría darle un golpe en toda la oreja!».

Yo no pude ver nada en el semblante del conductor que justificara todo aquello, salvo que tenía un aire de autoridad y que parecía absorto en realizar su trabajo.

Mis compañeros de viaje reían como gallinas por subir al autobús, aunque había sitio suficiente para todos. Yo fui

el último en entrar. El autobús estaba medio lleno y escogí un asiento al final, lejos de los demás; pero un joven con el pelo enmarañado vino inmediatamente y se sentó junto a mí. Cuando se hubo instalado, nos pusimos en marcha.

—Pensé que no tendría ningún inconveniente en que me sentara a su lado —dijo—, pues he notado que usted siente lo mismo que yo sobre nuestra actual compañía. No puedo imaginarme por qué diantres insisten en venir; no les gustará el lugar al que vamos, y estarían mucho más cómodos en casa. Para usted y para mí cambia la cosa.

—¿Les gusta este lugar? —pregunté.

—Lo mismo que les gustaría cualquier otro sitio —respondió—. Tienen cines, y restaurantes baratos, y anuncios y todas las cosas que quieren. No les inquieta la ausencia espantosa de vida intelectual. Nada más llegar me di cuenta de que había habido un error; yo tendría que haber tomado el primer autobús, pero me he dedicado a jugar a intentar despertar a la gente de aquí. He encontrado a algunos compañeros que conocía de antes y he tratado de formar un pequeño círculo, pero todos parecen haber descendido al nivel del ambiente que los rodea. Antes incluso de que viniéramos aquí tenía dudas sobre un hombre como Cyril Blellow. Siempre he pensado que no se sentía a gusto; pero al menos era inteligente: aunque fuera un fracaso desde el punto de vista creativo, había críticas tuyas que valía la pena escuchar. Pero ahora parece no haber dejado nada salvo su engreimiento. La última vez que intenté leerle algunas de mis creaciones..., pero espere un minuto, me gustaría que lo viera.

Al darme cuenta, estremecido, de que lo que sacaba del bolsillo era un grueso fajo de papel escrito a máquina, murmuré en voz baja que no tenía mis gafas y exclamé:

—¡Oiga, hemos despegado!

Era verdad. Unos cientos de metros más abajo, medio ocultos ya por la lluvia y la niebla, asomaban los húmedos

tejados de la ciudad, que se extendían hasta donde el ojo podía alcanzar.

No estuve mucho tiempo a merced del poeta de cabellos enmarañados, pues otro pasajero interrumpió nuestra conversación. Pero antes de que eso sucediera yo había aprendido ya mucho acerca de él. Parecía ser un hombre especialmente maltratado. Sus padres no le habían querido jamás, y ninguno de los cinco colegios en los que se había educado parecía estar preparado para un talento y un temperamento como los suyos. Para colmo de desgracias, había sido de esos muchachos para los que el sistema de exámenes funciona con la máxima injusticia e irracionalidad.

Al llegar a la Universidad empezó a entender que las injusticias no ocurrían por azar, sino como resultado inevitable del sistema económico. El capitalismo no ha esclavizado sólo a los trabajadores; además ha corrompido el gusto y vulgarizado el intelecto. De ahí procede nuestro sistema educativo y la falta de «reconocimiento» que sufren los nuevos genios.

Este descubrimiento hizo de aquel hombre un comunista. Pero conforme fue avanzando la guerra y vio a Rusia aliada con los gobiernos capitalistas, se sintió aislado una vez más y hubo de hacerse pacifista. Las afrentas sufridas en esta fase de su carrera, confesaba, le habían amargado. Decidió que podía servir mejor a la causa yéndose a América. Pero entonces América entró también en guerra. En esta época, Suecia se le presentó, súbitamente, como la patria de un arte verdaderamente nuevo y radical, pero ninguno de los diferentes tiranos le había dado facilidades para ir a Suecia. Tenía dificultades económicas, pues su padre,

que no había logrado rebasar la abominable presunción y la complacencia mental de la época victoriana, le pasaba una pensión ridícula e insuficiente. También había sido muy maltratado por una muchacha. Aquel hombre había creído que la joven tenía una personalidad verdaderamente civilizada y adulta, hasta que ella se le reveló, de improviso, como un montón de prejuicios burgueses e instintos monogámicos. La envidia y el carácter dominante eran defectos que le disgustaban especialmente. Ella también se había mostrado siempre mezquina en asuntos de dinero. Ésa fue la gota que colmó el vaso, y aquel hombre se tiró a la vía del tren.

Yo me sobresalté, pero él no lo advirtió.

Incluso después, continuó, siguió persiguiéndole la mala suerte. Fue enviado al pueblo gris; pero se trataba, como es lógico, de un error. Yo descubriría, según me aseguró, que los demás pasajeros regresarían conmigo en el viaje de vuelta. Pero él no; él iba a quedarse «allí». Estaba completamente seguro de que, por fin, iba al lugar donde su espíritu primorosamente crítico no sería ultrajado por un ambiente desagradable, donde hallaría «reconocimiento» y «aprecio». Mientras tanto, como yo no me había traído las gafas, él me leería el pasaje sobre el que tan indiferente se había mostrado Cyril Blellow.

Pero en ese mismo instante nos interrumpieron. Una de las reyertas, siempre a punto de estallar en el autobús, estalló, y se produjo un alboroto momentáneo. Se sacaron cuchillos y se dispararon pistolas, pero todo parecía extrañamente inofensivo. Cuando pasó la pelea, comprobé que yo estaba ileso, aunque en otro asiento y con otro compañero. Era un hombre de aspecto inteligente, con la nariz ligeramente bulbosa y un bombín en la cabeza. Miré por la ventana. Estábamos tan alto que las cosas de abajo se habían vuelto borrosas, no podía ver ni ríos, ni montañas, ni sembrados. Tenía la sensación de que el pueblo gris ocupaba todo el campo visual.

—Parece la sombra de un pueblo —me permití observar—. No lo puedo entender. Los barrios que se ven están totalmente vacíos. ¿Tuvo alguna vez una población más numerosa?

—En absoluto —contestó mi vecino—. El problema está en que hay muchas pendencias. Cuando alguien llega, se instala enseguida en una calle; pero antes de veinticuatro horas, ya ha tenido algún altercado con el vecino. No ha pasado todavía una semana cuando, tras verse enredado en crueles riñas, decide irse a otro sitio.

Lo más probable es que encuentre vacía la siguiente calle, pues las personas que la habitaban también se peleaban con sus vecinos y se mudaron; de ser así, se instalará allí. Si por casualidad la calle está llena, buscará otra. Pero da igual dónde se quede; seguro que, sin tardar mucho, tendrá nuevas pendencias que le obligarán de nuevo a mudarse. Finalmente se irá a vivir a las afueras de la ciudad y se construirá una nueva casa. Aquí es muy fácil, ¿entiende? Sólo hace falta pensar en una casa y ya se tiene. Así es como la ciudad continúa creciendo.

—¿Dejando cada vez más calles vacías?

—Así es. Aquí sobra tiempo. El lugar donde subimos al autobús se halla a cientos de kilómetros del Centro Cívico, que es donde dejan a los recién llegados de la tierra. La gente con la que se ha topado vivía ahora cerca de la parada de autobús, pero les ha costado siglos —de nuestro tiempo— llegar allí por traslados sucesivos.

—¿Y qué pasa con los primeros que llegaron? Quiero decir que debe de haber mucha gente que vino de la tierra hace más tiempo.

—Desde luego. Han estado trasladándose sin cesar, y se han separado cada vez más, y ahora ya están tan lejos que no pueden siquiera pensar en venir hasta la parada de autobús. Son distancias astronómicas. Cerca de donde yo vivo hay un terreno ascendente, y un vecino tiene un telescopio, así que se pueden ver las luces de las casas donde vi-

ven esos viejos, separados millones de kilómetros. Millones de kilómetros alejados de nosotros y entre ellos mismos. Cada vez se alejan más. Ésa es una de las decepciones; yo creía que aquí encontraría personajes históricos interesantes, pero no ha sido así. Están demasiado lejos.

—¿Llegarían a tiempo a la parada de autobús si se pusieran en camino?

—Teóricamente sí. Pero sería una distancia de años luz. Y ahora no querrían. Esos viejos tipos, como Tamerlán, Gengis Khan, o Julio César, o Enrique V, no querrían.

—¿No querrían?

—Así es. El más cercano de esos viejos es Napoleón. Lo sabemos porque dos jóvenes hicieron un viaje para verle. Se pusieron en camino mucho antes de que yo llegara, por supuesto, pero ya estaba aquí cuando regresaron. Necesitaron unos quince mil años de nuestro tiempo. Ahora hemos divisado la casa: es como un destello de luz sin nada más a su alrededor en millones de kilómetros.

—¿Pero llegaron hasta allí?

—En efecto. Napoleón se había construido una enorme casa de estilo imperial: hileras de ventanas flameantes de luz que, vistas desde donde nosotros vivimos, parecen sólo un ligero destello.

—¿Vieron a Napoleón?

—Naturalmente. Subieron y miraron por una de las ventanas. Napoleón estaba bien.

—¿Qué hacía?

—Paseaba de arriba abajo, siempre de un lado para otro, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, sin parar ni un momento. Los dos muchachos estuvieron observándole casi un año y no le vieron parar en todo el tiempo. Murmuraba sin parar: «Soult tuvo la culpa. Ney tuvo la culpa. Josefina tuvo la culpa. Los rusos tuvieron la culpa. Los ingleses tuvieron la culpa». Así constantemente; no paró ni un momento. Era un hombre gordo y pequeño, y parecía